

Las dolientes amistades

A veces respirar no sólo es un verbo intransitivo y nada más. En ocasiones este verbo es algo que esperamos con tanta necesidad que cuando lo esperado tiene su consecuencia, y si ello es bueno, al fin podemos “respirar” tranquilos.

Nuestras relaciones con amistades es algo que en principio nos puede parecer algo que transita feliz y sin ninguna importancia que no sea la de una relación que circula en nuestra vida con altibajos, pero que jamás pensaríamos que nos pudiera llevar a un sufrimiento cercano al paroxismo. Lo curioso es que ese dolor, ese sufrimiento es consecuencia de tener afecto, “cariño” a ese o esa amigo, amiga por la que sufrimos y que no encontramos forma de solucionar en principio un “problemilla” que por falta de dialogo se origina y parece no tener fin. Como ustedes habrán meditado, con dejar al amigo/a (mejor no dar ni nombre ni sexo, con el fin de no alterar las cosas de nuevo) la cosa estaría solucionada, pero no vayan tan deprisa. La “cosa”, no es tan sencilla: primero por el cariño que se llega a tener a esa persona por el roce durante más de año y medio, la afinidad de caracteres o por tener los mismos gustos y hobbies, y segundo por el sano deseo de ayudar a calmarse y calmar el sufrimiento en que se ve envuelto/a (la, el) que se siente agraviado, pues realmente se cree todo lo que dice, y que es un dolor para él, el que sigue siendo su amigo. Cariño, decía, pero lejano a lo se define como amor entre diferentes sexos, aun cuando el sentimiento no es por ello de menos importancia. También a veces esto ocurre porque esa persona que estimamos se ha contaminado de una cierta paranoia por una sospecha infundada de que nuestro deseo de ayudar a solventar el problema o, en ocasiones, hasta por dejarlo pasar (el tiempo lo cura todo, dicen), todo aquello que se haga ayudar es con ánimo de perseguirle/a. Cualquier comentario, hasta el mismo silencio, se convierte en un acoso. Se llega hasta al caso de que todos los problemas que pudieran ocurrirle a ella, él o sus amigos, es culpa de los muchos conocimientos sobre diversas materias técnicas y de los que su “antiguo” amigo tiene sobre él o ella misma, debido a la afinidad de conocimientos de uno del otro que en el transcurso de su buena amistad, historias personales entre otras cosas, se han narrado. En algunas ocasiones se culpa al pobre amigo fiel que desea ayudar hasta cuando le atacan, hasta de lo que le ocurre a los amigos de la persona que se cree perseguida. Pues al parecer tiene el poder de intervenir teléfonos, leer los correos y meterse en los blog o páginas cuando le place.

Pero ahora es lo importante: piensa el amigo que para poder respirar y librarse de tan sutil problema, no hay nada mejor que guardar silencio y hacer que entre los dos interceda un buen amigo, otro amigo. Pero éste ha de ser de completa confianza de la persona que padece cierta esencia de neurosis y se siente atacada. La clave es que pueda además ocupar transitoriamente su antiguo puesto, cuando las cosas iban bien, para entendernos la buena época pasada con el amigo que la quería ayudar, liberándole así de su obligación, ya que al parecer, de forma involuntaria, dañaba su psiquis. Gracias a Dios el asunto queda resuelto cuando ella encuentra por su cuenta encuentra uno nuevo a quién pasarle la doliente bandera, pero uno sufre lo suyo por ver que por no poder asistir a una cita “amistosa”, comunicada esa imposibilidad veinticuatro horas antes, reciba grabaciones en su móvil y en el contestador de su casa faltando a, desde a su compañera, hasta a sus ancestros. Y luego, cuando se intenta calmar y aclarar que no había ninguna falta, todo con el fin de apaciguar y ayudar a la amiga o amigo, duele, decía, ver que los insultos se elevan a madres que ya fallecieron y hasta que uno

sea amenazado de muerte. Desde luego que no son caldo de buen cocido estas mal entendidas y paranoicas amistades. Os deseo que nunca tengáis una persona así en vuestra vida, pues el nuevo también sufrió lo suyo, "igualico, igualico que el antiguo amigo"